



En todo el tiempo que Dios me conceda de vida miraré a la tierra y a los hombres de este suelo cordobés como razón plena y definitiva de mi existencia, como norte de los designios de Dios sobre mi persona, como medio entrañable de mi total comunión con la Iglesia, como vida de mi propia vida. Por eso he decidido aguardar el tiempo de la resurrección entre los muros de la Catedral-mezquita. Y se cumplirá entonces lo que ha sido lema de mi escudo episcopal: que lleguemos todos a la unidad de la fe.

JOSÉ ANTONIO INFANTES FLORIDO
1920-2005

ANTE LA MUERTE DE DON JOSÉ ANTONIO

Comunicado del Obispo de Córdoba

El Obispo de Córdoba, Mons. Juan José Asenjo Pelegrina, tiene el deber de comunicar a los sacerdotes, miembros de la Vida Consagrada y fieles de la Diócesis que a las 14'15 h. de hoy domingo, 6 de noviembre, ha fallecido en su domicilio familiar de Gelves (Sevilla) el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José Antonio Infantes Florido, Obispo emérito de Córdoba.

Al mismo tiempo que comunica, también a las autoridades provinciales, autonómicas y municipales, esta triste noticia, ruega a todos los fieles de la Diócesis que encomienden a Dios el eterno descanso de nuestro querido Sr. Obispo emérito, para que Jesucristo, Buen Pastor, al que representó y sirvió en nuestra Diócesis, premie los largos

trabajos al servicio del Evangelio de quien fue un pastor bueno, fiel y ejemplar.

El Obispo de Córdoba pide también a sus diocesanos que encomienden al Señor el consuelo de su familia, que le ha cuidado hasta el último momento con devoción y amor. Para todos ellos, la condolencia más sentida de toda la Diócesis y de su Obispo.

La capilla ardiente quedará instalada en la Iglesia del Seminario de San Pelagio (C/ Amador de los Ríos, 1) a partir de las 17 h. de mañana lunes. El sepelio tendrá lugar el martes, día 8, a las 17,00 h. en la Santa Iglesia Catedral.

Descanse en paz.

Córdoba, 6 de noviembre de 2005



RUEDA DE PRENSA



RUEDA DE PRENSA

DIÓCESIS DE CÓRDOBA, 6 DE NOVIEMBRE DE 2005

Con motivo del fallecimiento de D. José Antonio Infantes Florido, Obispo emérito de Córdoba, la Oficina de Información del Obispado dio a conocer a los medios de comunicación los siguientes actos:

- **El lunes 7 de noviembre, a las 17:00 horas**, tuvo lugar la recepción del féretro por D. Juan José Asenjo junto a los miembros del Cabildo de la Santa Iglesia Catedral, Curia diocesana, sacerdotes, religiosos y religiosas, alumnos de los seminarios diocesanos de San Pelagio y Redemptoris Mater y fieles. En ese mismo momento se rezó un responso solemne y se condujeron los restos mortales de D. José Antonio hasta la capilla ardiente, instalada en la iglesia del Seminario Mayor de San Pelagio. Hasta las 16:00h del día siguiente se celebraron de forma continuada Misas en sufragio por su alma junto a momentos de oración.

- **El martes, 8 de noviembre, a las 16:45 horas**, se produjo el traslado del féretro desde el Seminario Mayor hasta la Iglesia Catedral que presidió el Obispo al que acompañaron los miembros del Cabildo de la Santa Iglesia Catedral, Curia diocesana, sacerdotes y seminaristas.

La Misa Exequial estuvo presidida por el Sr. Cardenal Carlos Amigo Vallejo, Arzobispo Metropolitano de Sevilla y concelebrada por D. Juan José Asenjo junto a otros obispos, Cabildo Catedral, Curia y Sacerdotes.



RECEPCIÓN DEL FÉRETRO

DON JOSÉ ANTONIO INFANTES FLORIDO

«PASTOR BUENO Y FIEL»

El día 6 de noviembre falleció Don José Antonio Infantes, que fue Pastor de la Diócesis de Córdoba durante 18 años.



DON JOSÉ ANTONIO DURANTE UNA VISITA AD LIMINA

Don José Antonio Infantes Florido nació en Almadén de la Plata (Sevilla) el 24 de enero de 1920. Ingresó en el Seminario Metropolitano Hispalense donde estudió Filosofía y Teología, siendo ordenado Presbítero el 19 de mayo de 1951. Se doctoró en Derecho Civil por la Universidad de Sevilla y en Derecho Canónico por la Universidad Gregoriana de Roma. En la Diócesis hispalense desempeñó varios cargos pastorales.

El 21 de septiembre de 1967 fue consagrado Obispo de Canarias. Tras once años en esta sede, el 25 de mayo de 1978 tomó posesión de la Diócesis de Córdoba. Como pastor de la Diócesis cordobesa, promovió intensamente las vocaciones sacerdotales, reabrió los Seminarios Mayor y Menor de San Pelagio. Asimismo realizó continuas visitas pastorales, creó nuevas parroquias y edificó nuevos templos como los de Santa Beatriz de Silva, en la urbanización Azahara o Nuestra Señora de la Aurora, en la barriada de Fátima, Santa Luisa de Marillac, en el Polígono del Guadalquivir y la parroquia del Inmaculado Corazón de María, en la urbanización Miralbaida. Creó e inauguró la Casa Sacerdotal "Medina y Corella" y el Museo Diocesano de Bellas Artes de Córdoba.

Fundó la Casa Sacerdotal y creó la Caja de Compensación y la Pía Fundación San Juan de Ávila. La primera trata

de asegurar que todos los sacerdotes en activo reciban el mínimo vital, que en estos momentos está fijado en 135.000 ptas. Y la segunda trata de asegurar otro tanto a los sacerdotes jubilados. Don José Antonio ha dejado en su testamento el grueso de sus bienes a la citada Pía Fundación.

Trabajó intensamente por el ecumenismo, fruto del Concilio Vaticano II y de los Pontificados de Juan XXIII y Pablo VI. En la Diócesis de Canarias trabajó sin descanso por fortalecer las relaciones fraternas y la mutua colabo-

ración con las otras confesiones cristianas. El fruto más visible de este compromiso de Mons. Infantes Florido es la edificación del Templo Ecuménico en la Playa del Inglés en Las Palmas. Sus hermanos Obispos de España reconocieron esta faceta eligiendo tres veces a D. José Antonio Presidente de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales de la CEE. También fue Delegado para el Patrimonio Cultural de los Obispos del Sur.

Por su parte, el Patriarca Atenágoras le concedió la Cruz de oro del Monte Athos en reconocimiento a sus múltiples servicios a la causa de la Unidad.

En 1996, al cumplir los 75 años, presentó su renuncia como Obispo diocesano, que le fue aceptada.

Don José Antonio Infantes Florido fundó el periódico de información religiosa «Iglesia en Andalucía» y fue colaborador en el diario ABC de Sevilla y Diario Córdoba. Entre sus libros publicados destacan: sus estudios sobre el Obispo Tavira: El diario de Tavira (1998) y el Obispo Tavira y la Ilustración (1997), 25 años de pastoral (1992), Meditaciones de Teología Bíblica Cofrade (2004) y La Iglesia en el día a día (2005).

Su fallecimiento se produjo a las 14:15h del domingo 6 de noviembre de 2005 en su domicilio familiar de Gelves, (Sevilla).



MISA CRISMAL 2005

PALABRAS DE DON JUAN JOSÉ ASENJO, OBISPO DE CÓRDOBA, EN LA INSTALACIÓN DE LA CAPILLA ARDIENTE DE DON JOSE ANTONIO INFANTES FLORIDO



EL OBISPO DURANTE EL RESPONSO

Querido señor Vicario General, Vicarios Episcopales, miembros del Excelentísimo Cabildo, autoridades, sobrinos del señor Obispo, Paco y Provi, querido Don Manuel, durante muchos años secretario y capellán del señor Obispo, queridos hermanos y hermanas:

Acabamos de escuchar los momentos supremos y postreros de la vida del Señor en los que culmina su misterio pascual. Con su Pasión, Muerte y Resurrección, realiza nuestra salvación y se constituye en Salvador único, Redentor único, único Mediador entre Dios y los hombres y único acceso a la realidad de la salvación.

Como su Señor y Maestro, nuestro hermano, padre y amigo, Don José Antonio, acaba de completar su peregrinación en esta tierra incorporándose definitivamente al misterio pascual de Cristo muerto y resucitado, incorporación que se incoó hace 85 años en la pila bautismal de su pueblo natal, Almadén de la Plata, que después ha ido acrecentándose a través de su participación en los sacramentos y que hoy llega a su culmen.

En esta tarde lo recibimos con cariño en la iglesia del Seminario Mayor de San Pelagio. Ayer a las dos y cuarto de la tarde, rodeado del afecto infinito, del cariño emocionante, de los cuidados exquisitos, de sus sobrinos y familiares, a los que nunca agradeceremos bastante

el amor que han derrochado cuidando a Don José Antonio hasta el último momento, entregaba su alma a Dios. Esta tarde con el mismo cariño lo recibimos por expreso deseo suyo en esta iglesia del Seminario Mayor de San Pelagio. Hace aproximadamente un mes, me pidió expresamente que instaláramos su capilla ardiente en esta iglesia del Seminario, centro de su vida y de su ministerio entre nosotros. Quería estar bajo la mirada maternal de la Santísima Virgen, pintada por Valdés Leal, a la que profesó siempre una devoción filial, tierna y entrañable.

Efectivamente el Seminario constituyó el centro de su corazón, la pupila de

sus ojos. En tiempos difíciles, los tiempos difíciles del postconcilio, decidió traer el Seminario de nuevo a Córdoba refundándolo prácticamente desde sus cimientos. Apoyó y acompañó muy de cerca a los superiores, renovó y fortaleció el claustro de profesores y siempre estuvo cerca de los seminaristas acompañándoles en su formación. No es una casualidad que haya querido pasar estas veinticuatro horas en las que velamos sus restos mortales en esta casa, que ciertamente es su casa.

Esta tarde damos gracias a Dios por la vida, por el ministerio y por el testimonio de este sacerdote, de este Obispo, pastor bueno, fiel y ejemplar. Damos gracias a Dios por el don de la vida que el Señor le regaló hace 85 años, por lo que ha supuesto de amor, de cercanía, de enriquecimiento y de testimonio para sus sobrinos, y para su familia, con su limpia trayectoria de vida sacerdotal y episcopal. Damos gracias a Dios además, por el don grande que ha supuesto también para nuestra Diócesis.

Don José Antonio, nuestro querido señor Obispo, amó entrañablemente a la Diócesis. Amó entrañablemente a sus sacerdotes a los que trató, no desde la distancia o desde la fría lejanía, desde un podio elevado, desde el que podía haber contemplado a sus sacerdotes en la distancia. Los amó acercándose a ellos, tratándolos como padre, como hermano, como amigo, ocupándose cercanamente



CAPILLA ARDIENTE

de su bienestar material, de su progreso espiritual e incluso, de una manera determinante, de su situación económica.

El día que fue intervenido quirúrgicamente, el miércoles 26, por la tarde, después de recibir piadosamente de mis manos el sacramento de la Unción de Enfermos, quiso tener una conversación a solas conmigo. Después de hacerme algunas indicaciones sobre el destino de sus escasos bienes, puesto que a lo largo de su ministerio episcopal y a lo largo también de su vida de obispo emérito fue entregando continuamente sus ahorros con destino a la Pía Fundación San Juan de Ávila, que se preocupa de la honesta sustentación del clero, especialmente de los sacerdotes jubilados, en esa tarde me demostró lo mucho que quería a los sacerdotes, lo mucho que quería al seminario, lo mucho que quería a nuestros cristianos laicos. Hizo mención expresa y me encomendó que me preocupara de las hermandades y cofradías, cauce, según él, formidable de evangelización, de formación cristiana, de evangelización y de fraternidad en esta tierra.

Don José Antonio amaba entrañablemente a nuestra Diócesis y nuestra Diócesis, estoy convencido, lo he podido percibir a lo largo de los dos años que llevo sirviéndola, le respondió con la misma moneda. Don José Antonio ha sido un obispo muy querido por los sacerdotes, por los consagrados a los que alentó también en su fidelidad, por los seminaristas y por los fieles laicos.

En esa tarde Don José Antonio me pidió dos cosas concretas; en primer lugar que os pidiera a todos que le encomendarais fervientemente al Señor. El se sabía débil, él se sabía de barro. Con mucha gracia me comentaba la frase final de una lapida sepulcral de un arzobispo de Toledo, cordobés de origen puesto que nació en Palma del Río, el primado Portocarrero, el cual, después de reseñar en su lauda sepulcral todos sus títulos cardenalicios terminaba con esta frase latina "homo tamen", y, a pesar de todo, y sin embargo, hombre; y por ello pedía a los que contemplan su lauda que lo encomendaran al Señor. Don José Antonio citándome un párrafo en latín de la carta de Santiago me dijo in multis offendimus omnes, en muchas cosas erramos, nos equivocamos y pecamos todos.



CAPILLA ARDIENTE

Desde una confianza absoluta en la misericordia de Dios me pedía que os solicitara humildemente la oración para que el Señor le purifique de sus faltas y, ya desde estos días, ya desde hoy, comience a gozar de la compañía de los santos, comience a contemplar la hermosura infinita del rostro de Dios. Me pidió, al mismo tiempo, que os dijera que ofrecía su muerte, sus sufrimientos, su dolor físico, por la Diócesis, por la fidelidad y santidad de los sacerdotes, por la fidelidad a su consagración de los religiosos, por la fidelidad de los seminaristas, por la fidelidad a las profundas raíces cristianas de los hijos e hijas de esta Diócesis. Me dijo además que ofrecía sus sufrimientos y dolores por su querida familia, que con tanta devoción la ha cuidado.

Me comentó, lo habéis escuchado también los sobrinos, los sacerdotes que habéis estado cerca de él en estos días,



RELIGIOSAS QUE CUIDARON DE D. JOSÉ ANTONIO

que moría en paz, que moría con gozo, que moría sereno. El sabía bien que se moría. Moría también con alegría puesto que, en definitiva, se iba a encontrar con Aquel al que a lo largo de su vida ha servido, ha anhelado, por el que ha luchado, al que ha amado en lo más profundo de su corazón.

En el Evangelio que acabamos de proclamar hemos escuchado que, junto a la Cruz del Señor, estaban su Madre, la hermana de su Madre, María la de Cleofás y María la Magdalena. En esta tarde Don José Antonio, nuestro querido señor obispo emérito, reposa también bajo la mirada maternal de Santa María, Madre de la Iglesia, Madre de todos los cristianos, Madre por un título muy especial de nosotros, los sacerdotes, configurados sacramentalmente con Jesucristo Sacerdote, su Hijo.

Pues bien, a la intercesión maternal de la Virgen encomendamos a sus sobrinos y a vuestra familia, para que Ella os dé fortaleza y consuelo desde la fe honda en la Resurrección del Señor que es el fundamento más firme y la certeza más clara, más segura, de la resurrección de los muertos. Que Ella tome de la mano a nuestro querido Don José Antonio y lo lleve, ya desde ahora, ante el trono de Dios para que reciba la corona que el Señor tiene prometida a los siervos buenos y cumplidores.

Que así sea.

Córdoba, 7 de noviembre de 2005.

MONS. RICARDO BLÁZQUEZ

Obispo de Bilbao y
Presidente de la CEE

Conocí a Don José Antonio siendo yo entonces profesor de Teología en Salamanca. Tuve la oportunidad de hablar con él con más detenimiento con ocasión de un cursillo para la formación permanente del clero en el que participamos tres profesores de Salamanca, dos de la Facultad de Filosofía y yo. Tuvimos reuniones en Córdoba ciudad, en Montilla y en la parte de la sierra, en Peñarroya o cerca. Para mí fue la oportunidad de un encuentro excelente. Recuerdo que de vez en cuando bajaba por la noche a charlar con nosotros, interesándose por cómo habían ido las cosas; y para entonces descubrí un pastor celoso de su Diócesis, con una gran apertura de espíritu, intentando servir lo mejor que pudiera a la formación permanente de los sacerdotes que, sin duda, había de repercutir después en un servicio pastoral más cualificado.

MONS. JAVIER MARTÍNEZ

Arzobispo de Granada

Desde que conocí a Don José Antonio al comienzo de mi ministerio episcopal en los años ochenta siempre he percibido en él un caballero, lleno de delicadeza y con una exquisitez cristiana envidiable. Luego, como sucesor suyo en la sede de Córdoba, pude apreciar lo que habían sido sus años de ministerio al servicio de la Diócesis de Córdoba. De esos años destacaría que, sobre todo, le tocó vivir en gran medida el inmediato post-concilio y las sacudidas que vivió la Iglesia y la sociedad española. En esos años, sin duda, aquellas circunstancias le hicieron sufrir mucho y, sin embargo, supo mantener la nave de la Iglesia con la misma delicadeza y la misma exquisitez que siempre le había caracterizado.

Señalaría sobre todo la labor de recomenzar el Seminario. El seminario de Córdoba había vivido años de muchísima dificultad, hasta el punto de que prácticamente había desaparecido, y él lo recomenzó con prudencia y con una discreción muy grande; de manera que, cuando llegué a Córdoba, me encontré un seminario muy sólido, que estaba creciendo y que no había más que hacer que ayudarlo a crecer, y eso creo que nunca se lo agradecerá bastante la Diócesis de Córdoba a Don José Antonio.



MISA CRISMAL 2005

En todo caso, ha sido un buen pastor de su pueblo y, a la hora de su muerte, pedimos al Señor que le acoja y lo recompense con la recompensa que el Señor ha prometido a los buenos pastores.

MONS. RAMÓN ECHARREN

YSTÚRIZ

Obispo de Canarias

D. José Antonio, ayudado por la generosidad de algunos de sus colaboradores más cercanos y por no pocos cristianos, sacerdotes, religiosas, religiosos y seglares, llevó a cabo la inmensa tarea de aplicar el Concilio Vaticano II a nuestra Diócesis, creando estructuras, instituciones, movimientos, ministerios y relaciones, que reflejaban el espíritu conciliar, en un esfuerzo que entrañaba una profunda modificación de criterios y actitudes, de estilos y contenidos pastorales, y de tantas realidades eclesiales más que venían exigidas por una lectura auténticamente creyente del Concilio, a la luz de la Revelación y a la luz de la verdadera Tradición de la Iglesia”.

No fue una tarea fácil. Suponía el tránsito de una pastoral de cristiandad, a una pastoral evangelizadora, dentro de una sociedad que se resistía, como aún hoy se resiste, a salir de rutinas que no respondían a una Tradición auténtica, sino a una inercia costumbrista y marcadamente cultural.

MONS. IGNACIO NOGUER

CARMONA

Obispo de Huelva

La muerte de Don José Antonio ha sido para mí una tristísima noticia. No sólo era compañero, colega y hermano en el episcopado, sino que era un amigo desde hace muchísimos años. Los dos somos sevillanos y nos conocíamos desde hace al menos cincuenta años. Después hemos tenido ocasión de relacionarnos cuando estaba en Canarias y cuando estaba en Córdoba.

Ha sido un hombre de un enorme corazón, con una inteligencia privilegiada y con un amor a su diócesis increíble. Tuve la oportunidad de comprobar esto en las veces en las que he estado en Córdoba; tengo parientes en Córdoba y mis mismos parientes decían que Don José Antonio era un hombre excepcional. Creo que se pierde en la Iglesia un gran obispo y en la Iglesia de Córdoba un gran obispo emérito y espero que el Señor lo tenga en su seno. Mi pésame sincero a la diócesis, a su familia y a todos los amigos.

MONS. ADOLFO GONZÁLEZ

MONTES

Obispo de Almería

Al recibir la noticia del fallecimiento del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José Antonio Infantes Florido, Pastor de esa diócesis



VISITA DEL ARZOBISPO NICODIN A CÓRDOBA

durante casi veinte años, quiero hacerte llegar mi sentido pésame a ti, al clero, religiosos y religiosas y fieles laicos que hoy lloran su pérdida.

Tuve relación y pude gozar de su bondad personal durante los años que presidió la Comisión de Ecumenismo en la Conferencia Episcopal Española. Su preparación y preocupación por la Iglesia hicieron de él el Pastor bueno y fiel de sus fieles cordobeses y antes de su diócesis canaria.

Encomiendo al Señor su alma para que le dé el descanso merecido junto a Él, al que supo representar y anunciar durante su vida terrena.

MONS. JOSE MARÍA CIRARDA Obispo emérito de Pamplona-Tudela

Conocí a Don José Antonio siendo obispo auxiliar de Sevilla y él era párroco del Salvador. Luego le hicieron obispo y no me extrañó nada porque el cardenal Bueno Monreal le estimaba mucho. Fue a Canarias, allí me despisté de él, si que conocí la publicación de un libro que escribió sobre un obispo de Canarias (Tavira). Cuando fui trasladado a Pamplona, después de un servicio breve y abreviado en Córdoba, no estuve más que seis años, pedí quedar de administrador apostólico con plenas facultades de obispo. Estuve seis o siete meses hasta que él tomó posesión en el mes de julio. Después me vine al norte y estuve en Pamplona durante muchos años, pero solía ir por Córdoba casi todos los años a dar una vuelta, a ver amigos del mismo Córdoba, de Palma del Río, de Priego, etc., y con ése motivo estuve varias veces con él y vi todas las obras que yo había

empezado pero que él las terminó con gran acierto, saliendo la diócesis ganando, porque él era mucho más artista que yo y lo que yo hubiera hecho de una manera elemental, él lo hizo espléndidamente en la casa sacerdotal y la residencia del obispo que yo había empezado a preparar pero que él la terminó. Estaré muy unido a los cordobeses en el funeral.

MONS. ANTONIO MONTERO MORENO Obispo emérito de Mérida-Badajoz

Me conmueve bastante la muerte de Don José Antonio Infantes a quién visité hace tres días en Sevilla. Viéndolo muy débil pero no creyendo que el desenlace estuviera tan próximo. Nos tratamos como siempre, como hermanos y como amigos. Nos conocíamos desde los años 60 después del Concilio, sobre todo él fue el primer obispo que yo recuerde que nombraron después del concilio y por lo tanto se le podía llamar conciliar con pleno título.

Nuestra vinculación personal nació de varias cosas, entre otras, porque fuimos ordenados de sacerdotes, él en Sevilla y yo en Roma, el 19 de mayo de 1951; él era mayor que yo porque había hecho una carrera civil, luego ya coincidimos como sacerdotes y como obispos de la misma generación porque yo fui obispo dos años después que él y fui pisándole los talones a Sevilla, porque él se había ido a Canarias en 1967 y yo llegué en 1969 a Sevilla. Venía con frecuencia a Sevilla, había dejado una huella muy agradable, una estima de sus paisanos que pude comprobar en mis conversaciones con el señor cardenal Bueno

Monreal, que le tenía una gran estima; de hecho fue el primer obispo de la diócesis que salió siendo él Cardenal, por lo tanto la imagen la tengo dada por él. El clero de Sevilla de su edad y posterior lo trataron y querían bastante y por ellos tuve más información porque Canarias estaba muy lejos.

Le visité una vez en Canarias, iba con el señor Cardenal. Tengo un recuerdo imborrable de esos tres o cuatro días que pasamos juntos. Pude comprobar cómo había encontrado una diócesis anclada en la época anterior de la Iglesia y pasó el estrecho de pasar al concilio y a otro ordenamiento pastoral, de una diócesis grande, importante y con problemas propios. Lo vi entrañado allí, a un sevillano lo vi *insular* y eso me edificó bastante. Me fui a Badajoz poco antes de que él se fuera a Córdoba, hemos sido limítrofes aunque estuviéramos lejanos uno del otro, pero no lejanos en el corazón. Nos hemos felicitado al menos tres veces al año: el día de Navidad, el día de San Antonio y el día de San José y nos hemos tratado mucho en la Conferencia Episcopal Española. Lo recuerdo como un obispo ejemplar y muy bueno, de temperamento sereno y afable, siempre dispuesto a conciliar, equilibrado en criterio, era un hombre maduro, bueno y capaz.

Lo recuerdo siempre como un hijo de la Iglesia por los cuatro costados, sin ser riguroso con nadie pero identificado con la causa a la que servía. Un buen cristiano, un buen sacerdote, un buen obispo, un buen amigo.

ILMO. ALFONSO FERNÁNDEZ-CASAMAYOR Vicario General de la Diócesis de Málaga

Estando nuestro Obispo D. Antonio en peregrinación por Tierra Santa, quiero comunicarle que la Diócesis de Málaga se siente hoy muy unida a la Diócesis hermana de Córdoba en el dolor por el fallecimiento de D. José Antonio Infantes Florido, Obispo emérito de esa Diócesis. Elevamos a Dios nuestra oración por su alma, recordando todo el bien que hizo, no sólo como pastor de la Diócesis de Córdoba, sino a niveles más amplios, por su preocupación por el ecumenismo, promoción de las vocaciones sacerdotales y la renovación de la Iglesia. Descanse en paz este pastor bueno.

VALERIANO ORDEN Vicario General con Mons. Infantes Florido

Don José Antonio venía de Canarias y lo recibimos con muchísimo deseo porque era un hombre de nuestra tierra; a los andaluces, como él era andaluz, nos entendería muy bien y fue así luego. Tenía una relación muy cordial, era un hombre muy culto, tenía su carrera civil, había sido ayudante de la cátedra de Cossío en la Universidad de Sevilla y tenía una cultura profana amplia, y luego una buena formación eclesiástica en Roma.

Era muy respetuoso. Una de sus características era el ser muy respetuoso con los sacerdotes y los fieles, y, desde ese respeto, gobernaba la diócesis. Las cosas muy importantes de los sacerdotes las trataba con los sacerdotes, ni siquiera con el Consejo de Gobierno o el equipo de gobierno, porque eran cosas muy personales de los sacerdotes y, por respeto a los sacerdotes, lo trataba muy



MISA XXV ANIVERSARIO DE SU ORDENACIÓN EPISCOPAL

directamente él, con el sacerdote que fuera. Procuraba ser amigo de los sacerdotes. Con el pueblo era un hombre, quizá por respetuoso, que parecía tímido. Escribía muy bien, era un gran escritor.

Un hombre profundamente creyente, amigo de los sacerdotes, y el Seminario fue la niña de sus ojos, lo llevaba en el alma. Fue repetida la anécdota de ir a buscarlo para despachar y no encontrarlo por ninguna parte porque se había

metido en una clase con los seminaristas. La vida cotidiana del Seminario era de los seminaristas, era del Rector y era del Obispo.

Le gustó mucho estar en la Misa Crismal del año pasado y lo dijo en la homilía. Al ser ya mayor le encantaba que lo quisieran y se sentía muy querido aquí. Recordó, casi exigiéndolo desde la confianza y la familiaridad, *“que me queráis”*.

ALFREDO MONTES Rector del Seminario San Pelagio con Mons. Infantes Florido

El Seminario era una dimensión de la vida de la diócesis por la que tenía mucho interés; y verdadera prisa porque se levantase el Seminario Mayor, y luego, en 1982, el Seminario Menor para que los chicos se preparasen en los años de bachiller en orden a la decisión vocacional. Yo estaba estudiando en Madrid y me llamó para que ese verano, si pudiésemos, hiciésemos un plan de formación sacerdotal, de vida comunitaria, de 12 chicos que estaban para empezar los estudios del Seminario Mayor. Se veía como una obra muy querida suya.

Tenía muy en el corazón diseñar la casa de los 12 que empezaban el Seminario Mayor, y enseguida nos dijo que había que ir por los pueblos donde estaban los jóvenes haciendo las propuestas de la vocación sacerdotal; y así estuvimos dos años prácticamente cinco sacerdotes, siete horas diarias dedicados a ir por los pueblos a la Enseñanza General Básica desde 6º hasta 8º y el bachiller a hablar de la vocación, a organizar una estructura de recogida de jóvenes en el Seminario Menor, y eso fue una obra suya. Lo compartía con nosotros, pero no sólo porque quería estar al día de lo que

ocurría en el Seminario, sino porque eran sus hijos, era el futuro de la Diócesis, era donde cuajaban las vocaciones de jóvenes que más tarde empuñarían el relevo de los sacerdotes mayores, que ya iban llegando a una edad media muy alta, más de 60 – 65 años.

El Seminario lo hizo con gran sencillez y gran cercanía a nosotros; Don José Antonio, hombre muy culto, conector de la historia y del arte, todo lo manifestaba desde una profunda sencillez y cercanía al más pequeño y al más sencillo. No daba ostentación de saber, su saber lo veíamos después en sus cartas, editoriales, en sus artículos del ABC... una gran sencillez, un gran amor al Seminario; había asimilado mucho el espíritu del Concilio Vaticano II, de gran amor a la libertad y de saber que la Iglesia se construiría no cortando las alas de la libertad de los colaboradores del obispo, sino todo lo contrario, que se sintiesen colaboradores en libertad. Un hombre que amaba profundamente la libertad. Desde el punto de vista intelectual era un liberal convencido, de aquellos liberales de las Cortes de Cádiz; uno de los autores que él más estudió fue el Obispo Tavira, un obispo liberal del s. XIX. No un liberalismo que le llevara a la indiferencia ante los grandes valores; para él, el valor de la doctrina,

del Credo, de la disciplina de la Iglesia, el valor de la Comunión eran valores que no se tocaban, que no se tocaban con alegría y con libertad y con espíritu de participación.

Era un hombre muy familiar, muy sencillo, muy humano, todo corazón y eso lo vivió en su vida episcopal. Siendo un hombre de mucha altura, porque para nosotros era el sucesor de los Apóstoles, era un hombre muy llano, muy sencillo, muy abierto, cercano y cordial.



ORDENACIÓN DIACONAL

Quiero que me pongáis en el altar de vuestro corazón y allí ofrezcáis sacrificios por mí

A las cinco menos cuarto del pasado día 8 de noviembre se iniciaron las exequias por Don José Antonio con el traslado de sus restos mortales desde la capilla del Seminario hasta la Santa Iglesia Catedral, presidido por el Obispo al que acompañaban el Consejo Episcopal, Cabildo Catedral, sacerdotes y seminaristas. Al llegar a la Catedral se incorporaron los obispos: Mons. Javier Martínez, Arzobispo de Granada; Mons. Antonio Montero, Obispo emérito de Mérida-Badajoz; Mons. Antonio Ceballos, Obispo de Cádiz-Ceuta; Mons. Juan García-Santacruz, Obispo de Guadix-Baza y el Sr. Cardenal Carlos Amigo Vallejo, Arzobispo Metropolitano que presidió la Misa Exequiral en la que pronunció la siguiente homilía.

Señores arzobispos y obispos, queridos hermanos sacerdotes, señora alcaldesa, autoridades, queridos hermanos y hermanas:

Pero, ¡qué bonito es vivir!, pero, ¡qué hermoso es vivir y romperse la vida por los demás! y compartir el poco pan que se tiene con aquellos que no tienen nada, y llorar con el que llora y hacer fiesta con el que está alegre y visitar al enfermo y perdonar los pecados y mirar a Dios y poderle decir “*Tú eres mi Pastor nada me falta*”.

¡Qué hermoso es vivir! Pero parece como si la muerte nos robara todo aquello que de más bello tiene la vida, y no es así. La voz de la verdad, decían los clásicos, solamente se escucha en la elocuencia del silencio y ¡cuántos silencios procura la muerte! Pero ese ahondar de

la muerte en el silencio hace que resuene con más fuerza la Palabra: “*No os preocupéis Yo soy la Resurrección y la Vida y aquel que cree en mí vivirá para siempre*”. Pero ¿cómo un padre iba a dejar morir a su hijo?, sería una crueldad que el Padre estando en su mano dejara morir a su hijo y ¿cómo Dios Padre, el más bueno y el más santo iba a dejar que se muriera su Hijo? En este silencio de la muerte resuena esa palabra de Jesucristo “*Yo soy la Resurrección y la Vida*”.

San Agustín, haciendo la alabanza de los obispos que le habían precedido, decía que aquellos santos pastores guardaron lo que recibieron y bien podemos aplicar estas palabras a nuestro queridísimo hermano, Obispo, Don José Antonio. *Aquello que recibieron lo guardaron* y él, toda su vida, guardó como un tesoro

inapreciable todo aquello de la Iglesia de Córdoba o que la Iglesia de Córdoba había recibido: su historia, sus santos, su espíritu, sus parroquias, los sacerdotes eran su tesoro, que él guardaba. Y también dice San Agustín que *aquello que guardaron lo enseñaron* y toda esa sabiduría que venía de la historia, de la espiritualidad, de la vida de la Iglesia de Córdoba él lo hizo fecundo magisterio. Como el hombre del Evangelio que sabe sacar de lo antiguo para dar luz a lo nuevo. Un magisterio fecundo hecho en mil publicaciones distintas, en ese pasearse por los distintos problemas de la sociedad y del momento, en ese estar en las parroquias y en todas las circunstancias y momentos predicando la palabra de Dios.

Y hay más, *aquello que recibieron lo guardaron, y aquello que guardaron lo*





enseñaron y aquello que enseñaron lo vivieron. Igual que el sacerdote cuando le dicen *“aquello que vas a leer hazlo vida”*. Y nuestro querido obispo difunto hizo vida su propio magisterio. Ese magisterio en los largos años de sacerdote, de obispo en Canarias, el largo periodo de Córdoba y, después, con el silencio de una vida callada, sencilla, humilde, desbordante de amor a alguna persona que en ese momento podía necesitarle. Así es la vida del sacerdote, así es la vida del obispo, en esa entrega incondicional a los demás.

Sí, ¡qué hermosa y qué bonita es la vida! Pero la muerte parece que se lleva la mejor parte, que nos roba todo aquello y que queda la vida casi como un recuerdo de algo que fuera, pero que ya no es. La muerte no nos mata, pero, ¡nos deja cada desgarrón! La muerte no nos aniquila, pero, ¡nos deja cada herida!... unas veces de desilusión *“no merece la pena”*, otras veces de desconfianza, otras veces de indiferencia, otras veces incluso de desesperación. Pero esas heridas que causa la muerte tienen un remedio, tienen un bálsamo y ese bálsamo es siempre el amor de Jesucristo: *“Vosotros sois mis amigos”*, os he elegido a vosotros, sacerdotes, *“vosotros sois mis hermanos”*, he dado la vida por vosotros, ¿qué prenda y garantía querías mejor que el amor de Jesucristo?

Job, el santo que tanto y tanto había tenido que sufrir, cuando pasa ya

aqueellos está hablando con Dios y le dice *“Señor he oído hablar muchas veces de ti pero fíjate han tenido que arrancarme la piel a tiras para poderte ver cara a cara”*. A lo largo de la vida se nos va así como arrancando la piel y la muerte ya es ése último zarpazo que se roba todo lo material de nuestra existencia para que toda la persona quede completamente poseída, llena de Cristo. Muchas heridas nos deja la muerte pero esas heridas tienen también un bálsamo y es el bálsamo de la misericordia del amor de Cristo. Para recordar unas pa-



labras de un santo tan querido que vivió en Córdoba, en Montilla, ejemplo y modelo de sacerdote, San Juan de Ávila cuando dice al sacerdote: *“Si tienes muchas heridas vete al hospital de las misericordias de Dios porque en ese hospital la enfermera es la Santísima Virgen María. Pueden ser muchas las heridas pero qué admirable es este hospital y qué santa Enfermera la que pone los bálsamos y aceites de la ternura de Dios sobre nuestras fatigas y nuestros dolores”*. Por eso el funeral solemne que nosotros estamos celebrando no es una despedida apoteósica, solemne, de una persona que fuera obispo queridísimo de esta diócesis de Córdoba, sino es la celebración de la Pascua de nuestro hermano. Es el tránsito, es el camino y es el camino lleno de luz que Jesucristo nos ha dado con su Resurrección gloriosa *“Yo soy la Resurrección y la Vida, y el que cree en mí vivirá para siempre”* y, por si fuera poco, dijo el Señor: *“Yo soy el Pan Vivo bajado del cielo y el que coma de esta pan vivirá para siempre”*. Y aquí termina la homilía; pero como en algunas composiciones ¿dónde vais a enterrar a Don José Antonio?, fue lo que le preguntó San Agustín a su madre ¿dónde quieres que te entierremos?, y la madre respondió a sus hijos *“lo mismo da. Lo que quiero es que me pongáis en el altar de vuestro corazón y allí ofrezcáis sacrificios por mí”*.

MISA EXEQUIAL



EL NOVENARIO POR EL ETERNO DESCANSO DE DON JOSÉ ANTONIO TENDRÁ LUGAR DEL 9 AL 17 DE NOVIEMBRE EN LA MISA CAPITULAR QUE SE CELEBRA EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL A LAS 9:30 HORAS. FINALIZARÁ EL DÍA 18 DE NOVIEMBRE CON UNA SOLEMNE EUCHARISTÍA A LAS 20:00 HORAS PRESIDIDA POR EL OBISPO.

«OS LLEVO EN MI CORAZÓN»

“Finis venit, venit finis”; llega el fin. Aquí se queda Córdoba, ciudad invisiblemente amurallada, celosa guardadora de su claridad secreta, honda y viva. He aprendido a acercarme a ella de puntillas para gozar la intimidad religiosa de sus confidencias. Puedo decirles a los de fuera: si un día os abre su puerta conoceréis la sabiduría y el misterio de su vida, porque su verdad es interior y recogida, con sabor a claustro y retiro. Aquí nada es

clamoroso, todo lo más recóndito clamor. Hasta su pena llega así a la pleamar, aguantando firme con su corazón al raso, que ni agiganta miedos ni teme la poda en plena vida. Su trabajo, la siembra y la molienda de cada día, es parco, escueto y sosegado, como es su fe, que la goza pacífica y tranquila mientras al Espíritu da hospedaje en su silencio.

MONSEÑOR INFANTES FLORIDO
Homilía pronunciada en la Eucaristía
con motivo de su despedida de la Diócesis

